

Los señores de traje, el internet y la lectura

Barroso Giacomelli, Rebeca
Universidad Nacional de Río Cuarto

Había una vez una alumna, una cátedra y una consigna. Digamos que la alumna se inscribió en la cátedra. Digamos también que en la cátedra había una consigna, la de entregar todo vía virtual. Y aclaremos que a la alumna ni le atraía la tecnología, ni le gustaba tal metodología. Así empezó mi cuatrimestre el año pasado, ¡así de tremendamente!. A fuerza de que no quedaba otra, me inserté como puede en eso de los beneficios del internet, con todas las complicaciones que eso me traía, porque nada de internet en casa, porque la tortuga (mi pc) ya no está para esos trotes, ni tampoco el servidor que anda bien pasa por casa. Así que me amigué con el cyber, hice un pacto de no agresión con la red de redes y arremetí con la materia. Afortunadamente no hubo que hacer grandes malabares con los trabajos ni con las entregas. Pero una vez que se cerró la materia, se presentó el trabajo final y se asentó la nota en la libreta, me quedaron varias cuestiones sin resolver, o resueltas en algún lugar del inconsciente.

Me topé con la misma problemática con la que se deben haber topado los maestros de mi generación, la de la tecnología y los medios masivos de comunicación. Ahora esto de la web asusta, se rumorea que degenera conocimientos, que es poco confiable, que distrae, se comenta en lo bajo que hipnotiza a grandes y chicos para hacerles comer cualquier porquería, algo así como el Cuarto Jinete del Apocalipsis. Y me di cuenta de que es así, siempre que no se avise de forma explícita que debe de usarse de la manera adecuada. Con la tele pasó lo mismo. Y los maestros se adecuaron a ella y ella a las clases, a los trabajos prácticos, al aula (¿o no hay televisores en más de un aula?). Pero con internet se dice que no se puede, que hace que los chicos no lean, no estudien, que plagien impunemente monografías y ensayos de ajenos que escribieron al otro lado del globo terráqueo. Para mí que es la misma vaina.

Después de terminadas las clases, les comenté a unas amigas, locas que también estudian ciencias humanas, acérrimas amantes de la literatura y tan conflictuadas con la tecnología como una, el asunto de la cátedra y que me habían impuesto leer al menos un libro en pantalla. Abrieron los ojos como huevo duro, se le pararon los pelos y pusieron el grito en el cielo. Cómo, porqué, qué sentido tiene, si hay que leer de los libros, que no puedo leer de la pantalla, me olvido lo que leí, te hace mal a la vista...se espantaron. Eso sí, los libros que no conseguían se los bajaban de tal pagina web en la que había de todo, y sobre todo lo que no se consigue en librerías. Relaciones difíciles si las hay. Entonces las dejé hablar, mientras yo me daba cuenta de que no son los chicos los que no leen, los que se dejan atrapar por la tecnología y se quedan cómodos ahí, somos los mas crecidos en años los que nos resistimos sin tantos fundamentos. Nos resistimos a lo nuevo, porque lo nuevo nos saca de nuestra comodidad y hay que adaptarse y volver a aprender, empezar de cero. Y el que no se resiste es llevado de las narices, se adentra en lugares borrascosos, no sabe donde está nadando, pero nada feliz. Y en ese encuentro con gente de todas las estratosferas y cielos causó más de un efecto y afecto intelectual.

Me acuerdo bastante de la época de mi primaria y de comienzos de mi secundario, no sólo por las etapas vividas, sino también porque todos los maestros y profesores en los diagnósticos de principios de año preguntaban siempre lo mismo, entre otras tantas cosas irrelevantes (como “¿Qué música escuchas?”), “¿Cuántas horas miras televisión por día?”. Yo, muy poco afecta al aparato, nunca entendía muy bien como venía el asunto, creía que la profesora debía preguntarme con más atino si me gustaba más su materia o alguna otra cosa por el estilo. Ahora, un poco más crecida en años y más nutrida por las experiencias, el estudio y las circunstancias, empiezo a entender que en verdad a todos mis profesores les afectaba saber cuantas horas de televisión miraba por día, porque reflejaba no sólo las horas perdidas para hacer la tarea, sino, más bien, el tiempo perdido por cierta enajenación mental que parecía que causaba el prender la Caja Boba.

Pero la tele perdió protagonismo y quedó en segundo lugar en esta lucha interminable de los profesores y las horas de estudio y el rendimiento académico de los alumnos. La invasión de carteles con la frase “Internet \$1.50” en los locutorios, y más tarde en locales especializados en el tema, resultó ser un “boom” del acceso a un servicio no pensado diez años atrás. A eso se le agrega que los grandes proveedores de Internet bajaron sus precios y comenzaron a ofertar instalación del servicio de redes en las compras de computadoras, junto con meses enteros de conexión gratis, modems y demás aparatos sin ningún cargo, y si podía incluían algún pack familiar con viajes a la Tierra de Nunca Jamás. De todo para todos, el Internet no solo al alcance de lo que costaba un mouse, sino también al gusto del consumidor, aunque no quisiera consumir. Pero en la interminable involuntaria adhesión a Internet, muchos quedaron impactados o adosados ante la posibilidad de comunicarse con los parientes de “las Europas”, y otros con la posibilidad de llegar a información cada vez más actualizada y aparentemente útil y verdadera. Y así los consumidores pasaron con el boca a boca que estaba “bueno” eso de poner Internet en casa. Y así los proveedores del servicio empezaron a bajar sus costos ofreciendo montos mensuales fijos. Y así no sólo los grandes manejaban la red de redes, sino que los más chiquitos fueron sentados en la computadora y fueron adaptándose a eso de “bajar” jueguitos y “chatear” con los compañeritos de jardín, aunque todavía no supiesen leer. Y así los chicos del secundario empezaron a encontrar miles de ofertas de resúmenes de los libros que tenían que leer como tarea, adjuntada siempre la monografía que algún sujeto se sacó los ojos para hacer al otro lado del planeta. Y todo a un “click” de distancia y sin mínimos esfuerzos.

Y frente al caos abismal de la falta de responsabilidad de los niños adolescentes y sus muy escasas horas de “nalgas en la silla”, he tomado la decisión más temida por mi familia, he decidido dedicarme a la docencia, y a la docencia en el secundario. Ya le aseguré el infarto a la vieja, mi vieja, y con todo el respeto que se merece, porque ella también es docente. Y consiente de la situación que en breve me va a tocar afrontar, no desisto de la opción elegida.

Aunque parezca irónico ahora es la televisión la que acusa a Internet de ser malo (malo, malo, malo) para el sistema educativos y sus funciones. Le echan la culpa al naufragio cibernético de que los chicos no leen, que por culpa del viaje virtual y los juegos en red los chicos no estudian, que es Internet (y no otra circunstancia) la que ha puesto en la cuerda floja a la escuela como institución formadora de ciudadanos.

En la tele y desde ella, muchos señores de traje sostienen que todo el sistema educativos nacional y hasta mundial, esta en crisis, y señalan con un dedo demasiado derecho y duro al pobre internet, que de nada está enterado. Pero creo que para hablar de crisis, hay que definirla.

Crisis es toda aquella tormenta en la que una vez salido el sol, cambia algo. En psicología, las crisis dan anticipos de una evolución, de crecimiento. Creo que en la sociedad, y en cuanto a la lectura, pasa algo de eso. Hay que pensar que no solo el hábito de la lectura es el que está sufriendo una crisis, son también los valores, las tradiciones, las costumbres, las estructuras familiares. Y todo eso influye, se refracta, en la lectura o en su hábito. El cambio de ritmo de trabajo, en la vida familiar, y hasta en la desorganización alimenticia que todos, mal que mal, sufrimos, producen caminos en todos los niveles, sobre todo en el educativo, o en la manera de cumplir con todos los requerimientos de este. El aceleramiento de los padres y las exigencias del tiempo y las actividades laborales rompe con antiguas y pequeñas costumbres, que, de algún modo, acercaban a los niños tempranamente a la lectura, como el simple hecho de leerles para que se durmieran. Pero ya casi no hay padres que les lean a sus hijos, le prenden la tele y listo. De esta manera, aunque suene trágico o exagerado, los pequeños llegan a la escuela primaria sin haber tenido contacto con algo semejante a la lectura.

Por las políticas del estado implementadas desde los 70s a esta parte, se bajó y rebajó el nivel de exigencia y de los mismos contenidos a dar. Como consecuencia, a los alumnos se les requiere menos material de lectura, sobre todo, menos de aquel material que les posibilite o acostumbre a pensar. Porque pensar, en las últimas décadas, es mala palabra, pérdida de tiempo. Con las políticas neoliberales, se busca aquel material que sirve inmediatamente para algo, que sea útil para lo que Yo quiero hacer, para lo que Yo tengo ganas de saber, para lo que a MI me interesa. Así, no solo la filosofía, madre de muchas de las áreas de estudio, sino también la literatura, hija pródiga de aquélla, sufren la desvalorización por “inútiles”, porque no ME sirven para lo que Yo quiero hacer en la universidad, aunque no vaya a hacer nada.

Los chicos no leen. Pero no leen literatura. Ellos se limitan a buscar información en internet sin miramientos sobre si tiene firma o fuente, y creen en eso que encuentran, aprenden y se alimentan de eso. De este modo, es obvio que en las encuestas no se va a encontrar “leer” como primera o segunda actividad favorita de la mayoría de los jóvenes, pero sí, “navegar” (léase también “naufragar”) por la red de redes; lo que muchas veces equivale a consumir “información chatarra”, semejante a la comida de Mc Donal’s.

Creo, y siento, que los medios de comunicación, sobre todo internet, pueden ser suplementos para la llegada de los jóvenes a la lectura, pero a la lectura que enseña a pensar, a fundamentar ideas, a crecer intelectual y espiritualmente. Pero antes de ello, hay que implementar políticas que se construyen en el día a día, aportando cada uno su mínimo granito de arena en el desierto.

Deberíamos enseñar, y no me refiero solamente a los docentes o aspirantes a la docencia, sino que incluyo a toda la comunidad, que la lectura consciente y voluntaria, en el mejor de los casos, es un fin que ayuda a otros medios. Porque leer supone más que sentarse con un libro, o algo semejante, y pasarse la tarde sin ver televisión. Leer supone, entre otras cosas, la posibilidad de conocer otros mundos, otras costumbres, otras historias que quizá no están tan alejadas al “aquí y ahora” que viven muchos, y que sorprendentemente tampoco son tan distintas. Leer supone también, como dice Hugo Aguilar en su escrito, encontrarse con uno mismo, y eso da miedo, porque el ser humano le teme y huye a la soledad, al darse cuenta que no es más que uno en miles de millones. Pero en esa huida, en esa negación arbitraria a la lectura, también huyen de sí mismos, de su propia compañía, de la posibilidad de acercarse un poquito más a lo que son, a su propia existencia como ser en el mundo, a verse en los otros y saberse igual más que por la manera en la que se visten y peinan.

La lectura va más allá de su soporte físico o virtual, es en sí misma un hábito que se gesta en las personas desde pequeñas o adolescentes, que hay que cultivar en la estación adecuada, pero para la cual también hay que preparar el terreno. Por ello, no podemos como sociedad enojarnos con los ingresantes a la Universidad cuando no saben interpretar una consigna o no tienen la cultura general más indispensable, ni podemos reprocharles a los del secundario que no leen, ni a los del primario que no hacen la tarea.

Y es el punto del soporte de la lectura donde muchos, generalmente señores de traje, ponen el tilde de la cuestión y patinan en el barro equivocado y patean sosteniendo que a los chicos hay que comprarles libros (para que junten polvo en el estante, les diría yo), que no hay que dejarlos ir al cyber porque los juegos de computadora los corrompen (ya no la tele ni la violencia de la sociedad misma). Pero se olvidan que las nuevas generaciones, y me refiero a los neños que hoy están por cumplir ocho o diez años nacieron jugando los benditos juegos en red, manipulando el dvd como yo la plastilina, y que por esa misma naturalidad con la que aprendieron casi solos a dominar la tecnología de estos tiempos, van a incorporar otra manera de leer, que se da en otro soporte, que es la pantalla o el i-pod.

La evolución de las formas de vivir y de leer son una muestra de la misma evolución del hombre, por lo que también suponen con su invención una plausible evolución, la que puede parecer crítica en algunos momentos. La forma, la presentación y la manera de concebir los libros va a cambiar, ni para bien ni para mal, simplemente es eso, va a ser distinta. No me asusta ni reniego del uso de la tecnología, pero no me gusta, porque yo soy de los que no nacieron con la cámara digital en la nariz, ni con el chat como forma íntima de hablar con amigos, ni con el canal de dibujitos animados que anda las veinticinco horas del día y de la noche. Sí creo, o al menos percibo, que el libro en su formato actual va a tener su espacio por bastante más tiempo, va a resistirse un poco a jubilarse, pero va a mantenerse como esas promociones especiales que hace la Coca-cola de vez en cuando, cada cien años, en las que pone al alcance de la gente toda las botellitas, con sus distintas formas, editadas en forma coleccionable, en el mejor de los casos. Y si no, se convertirá el libro en hallazgos arqueológicos de considerable importancia.

Los libros no se esfumarán como los mayas, sino que seguirán dando vueltas en la conciencia de todos, como esos sueños que uno tiene pero que nunca se acuerda bien. Después de todo se siguen usando las forma egipcias y griegas de pergaminos; la de los primeros libros, esos que se escribían con una importante letra capital al comienzo de un capítulo; algunas casas escriben sus calles y números en piedra o madera talladas, y algunos restoranes sus menús.

Definitivamente, lo que se inventó una vez, por más remoto que nos resulte ahora o dentro de doscientos años, ya está hecho y fue hecho para usarse hasta que no tenga absolutamente ninguna utilidad. No veo la razón por la que el libro deje de tenerla, a menos que sus hojas empiecen a necesitar energía eléctrica para pasarse una por una.

Creo que esos señores de traje que tanto énfasis le ponen a no leer de la pantalla deberían poner más precisión en el ángulo desde el que dirigen el ojo y comenzar a preguntarse cómo enseñar implementando las nuevas tecnologías, o por lo menos alguna tecnología, porque los alumnos no tienen la culpa del avance infrenable de la tecnología. Pero ello supone a su vez una tarea de mayor esfuerzo y dedicación porque una vez incorporada la tecnología a las actividades escolares, la comunidad educativa tendrá que implementar políticas de enseñanza para que los próximos alumnos puedan hacer un uso correcto y consciente de las nuevas fuentes de información, para que sea

productivo para ellos, para que no les nuble la mente ni les haga perder el tacto, pero también deberán aplicar métodos para que los futuros usuarios inteligentes de las inimaginables tecnologías no sean dependientes del internet ni de ningún otro medio semejante. Creo que lo más importante ya no es luchar en contra de nada, sino aprender a usar lo que los chicos nacen usando para poder después enseñarles en su medio, en su habitad, a construirse a sí mismos como seres pensantes y críticos; mostrarles ahí donde ellos saben circular las herramientas necesarias para aprender solos; para que se nutran de aquello que no sólo les es útil sino también necesario para fortalecerse como ciudadanos activos y como personas espiritualmente abiertas; para que no caigan fácilmente en el barquito Ignorancia al que muchos los quieren hacer subir.-